

VEGA, VENTURA DE LA (1807-1865)

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PERSONAJES:

DON QUIJOTE.
SANCHO PANZA.
EL LICENCIADO.
EL BARBERO.
DON FERNANDO.
CARDENIO. .
LUCINDA.
DOROTEA.
EL VENTERO.
MARITORNES.
UN BARBERO.
UN LABRADOR.
DOS CUADRILLEROS.
DOS EMBOZADOS
DOS CRIADOS DE DOROTEA.
DANZANTES.

ACTO PRIMERO

Asperezas de Sierra Morena.

Escena primera

EL LICENCIADO, EL BARBERO.

BARBERO.- A fe mía, señor Licenciado, que bien he menester toda la caridad cristiana que vuesa merced ha sabido añadir a la que yo tengo, para venir trepando por estas

enmarañadas asperezas, y todo el afecto y compasión que me inspira el lamentable estado de nuestro desventurado hidalgo.

LICENCIADO.- Así es la verdad; y no será cosa de que vuesa merced, maese Nicolás, desmaye, cuando tan poco nos falta. Por este lado debemos de hallarle, según las señas que nos han dado los pastores: cuidemos al divisarlo de ponernos los disfraces antes que nos reconozca, y de no olvidar la historia convenida.

BARBERO.- No haya miedo. Aquí está la insigne cola, que de cuelgapeines del ventero se elevará a la clase de barba del fiel escudero de la muy alta Princesa Micomicona.

LICENCIADO.- Esa soy yo, que con la saya y jubón de la ventera, el antifaz negro y el birretillo colchado, que todo viene en las alforjas, no me conocerá la madre que me parió.

BARBERO.- Peregrina me parece la invención.

LICENCIADO.- Dios haga que se logre; y no será malo que tomemos por esta parte, que por parecerme lo más intrincado de esta sierra, pareceme también que debe de ser por donde más fijo le hallemos.

BARBERO.- Yo sigo a vuesa merced por donde guste guiar.

LICENCIADO.- Vamos, pues. (Óyese una voz que preludia melancólicamente una canción.)

BARBERO.- ¿Será él por dicha? Cuélgome las barbas.

LICENCIADO.- No, no es él esa voz no es la suya. Oigamos. (Cantan dentro.)

¿Quién menoscaba mis bienes?

Desdenes.

¿Y quién aumenta mis duelos?

Los celos.

¿Y quién prueba mi paciencia?

Ausencia.

De ese modo en mi dolencia
ningún remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza
desdenes, celos y ausencia.

BARBERO.- ¡Discreto es el cantor!

LICENCIADO.- La hora, el sitio, la soledad y la destreza del que canta, son cosas que me han llenado de admiración.

BARBERO.- ¿Quién podrá ser en estos sitios?

LICENCIADO.- Encaminémonos hacia el paraje de donde salió la voz, y veremos.

BARBERO.- Chit... Aquí viene, si no me engaño.

Escena II

Dichos. CARDENIO.

(Como lo pinta Cervantes en el capítulo 23, aparece lentamente por detrás de una peña, y se detiene cruzados los brazos y la cabeza inclinada sobre el pecho.)

LICENCIADO.- Hidalgo, que así lo da a entender vuestro noble talle, porte y figura, aunque el vestido lo desmienta: por el triste son de vuestra voz, la expresión de la letra y los profundísimos suspiros con que acompañasteis esa canción vinimos en cuenta de que alguna pena os angustiaba, y ya vuestra presencia nos lo confirma. Venid aca, y ved si podemos aliviaros.

CARDENIO.- Bien veo yo, señores, quien quiera que seáis, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer a los buenos, y aun a los malos muchas veces, sin yo merecerlo, me envía en estos tan remotos y apartados lugares del trato común de las gentes, algunas personas que quieran consolar al infeliz Cardenio y que se duelan de su infortunio; pero es en vano cuanto hicieris: estas escondidas asperezas serán mi tumba, donde mezclaré en mis últimos momentos el nombre homicida de la traidora Lucinda.

LICENCIADO.- Desgracias de amor solamente son las que os acongojan, según colijo de vuestras últimas palabras, y...

CARDENIO.- ¡Solamente, dice vuesa merced! ¿Hay algo, por ventura, que las cause más amargas, más devoradoras, más incurables que el amor?

LICENCIADO.- No quiso ser ese el sentido de mis palabras; sino que siendo de amor vuestra pena, sería posible remediarla, si ya no es que la muerte de esa Lucinda impide...

CARDENIO.- ¡Pluguiera al cielo! Vive, señor...

LICENCIADO.- En ese caso...

CARDENIO.- Vive... pero no para mí.

LICENCIADO.- Explicaos: contadme vuestras penas. Por mi estado tengo derecho a exigirlo de vos.

CARDENIO.- Unidos desde nuestra tierna infancia por un amor que los años aumentaron y fortalecieron, llegó el momento en que decidí con anuencia suya pedirla a sus padres

por esposa, y para asegurar el consentimiento de estos, confié... (¡triste de mí! ¡incauto!) confié mis amores a un hijo del duque Ricardo, que vuestras mercedes conocerán sin duda, llamado D. Fernando, mozo gallardo, gentil y enamorado, a quien como protector de mi familia rogué que alcanzase de los padres de Lucinda que me entregasen la mano de su hija. Pidió el falso, pero no para mí; que tan luego como la vio, ardió de amores por ella, y traidor a la amistad quiso robarme mi vida. Ocultome sus intentos, y sostuve mi amor con falsas esperanzas, hasta que una tarde, al ponerse el sol, paseando yo su calle, me sacó de mi encanto un billete de Lucinda que de su mirador cayó a mis pies, en el cual leí, poco más o menos, estas palabras: «D. Fernando se ha portado como mal caballero; también a mí me ha engañado: en este instante me presentan mis joyas para que me adorne como víctima que arrastran al sacrificio: en la próxima sala me esperan mis codiciosos padres para unirme al traidor.» Quedé un momento inmóvil como herido de un rayo; pero vuelto en mí, corro furioso a la puerta decidido a entrar y estorbar mi muerte... Ya era tarde... el acto se había consumado: los parientes, el sacerdote, todos salían de tropel, todos habían oído pronunciar el pérfido sí. Ciego y despechado, salí del pueblo y me interné en estos montes sin descansar ni probar alimento. Aquí mi caballo se cayó muerto de hambre y de fatiga, y yo desde entonces ando vagando por estas asperezas sin más albergue que el hueco tronco de una encina, ni más alimento que el que los pastores de caridad me presentan.

LICENCIADO.- ¡Desgraciado! Yo, en nombre de la religión a quien sirvo, os conjuro que desistáis de este loco intento. Venid conmigo: yo os sacaré de aquí.

BARBERO.- Sí; vuestra relación nos ha enternecido: el señor Licenciado y yo haremos por consolaros.

LICENCIADO.- ¿Habéis reflexionado el desconsuelo de vuestra familia, que os llorará muerto?

BARBERO.- El dolor de vuestro padre...

LICENCIADO.- ¿Tenéis madre?

CARDENIO.- ¡Mi madre!... ¡Ah! (Se echa llorando en brazos del cura.)

LICENCIADO.- Sí; volveréis a sus brazos. Ya no os abandono. Esas lágrimas me dicen que Dios ha tocado vuestro corazón por el labio indigno mío. Seguidnos a esa cabaña inmediata, donde quiero que reposéis y os cubráis con otras ropas que aquí traemos.

CARDENIO.- Haced de mí lo que gustareis.

LICENCIADO.- ¡Bello mancebo! - Sí, venid, y aguardadnos allí tranquilo y resignado, mientras cumplimos con otra obra de caridad que nos ha traído a estas montañas.

BARBERO.- Y a propósito, señor Cura: pudiera ser que el señor Cardenio tuviese noticia del paradero de nuestro hidalgo.

LICENCIADO.- Verdad es. ¿Sabéis por ventura de un hombre que anda por estas tierras, armado de punta en blanco, con un labrador que le acompaña?

CARDENIO.- Por estos mismos sitios le divisé esta mañana en conversación con los cabreros, que de su locura me han informado.

LICENCIADO.- ¡Lorado sea Dios! - Pues vamos a la cabaña y allí dispondremos lo que haya de hacerse. (Vanse por un lado.)

Escena III

D. QUIJOTE, armado, SANCHO.

(Salen por entre las peñas del lado opuesto.)

DON QUIJOTE.- Siempre, Sancho, lo he oído decir, que el hacer bien a villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera escusado esta pesadumbre; pero ya está hecho: paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante.

SANCHO.- Así escarmentará vuestra merced como yo soy turco. ¿No le dije que aquellos no eran doncellas menesterosas, sino galeotes, gente forzada del Rey que iba a galeras?

DON QUIJOTE.- En resolución; como quiera que ello fuese, aquella gente, aunque los llevaban, iban de por fuerza y no de voluntad.

SANCHO.- Así es.

DON QUIJOTE.- Pues de esa manera, allí encajaba la ejecución de mi oficio; desfacer fuerzas, y socorrer y acudir a los miserables.

SANCHO.- Y ya ha visto vuestra merced qué lucido ha quedado con su empresa. Apedreado y molido por los mismos que libertó. Cría cuervos y te sacarán los ojos.

DON QUIJOTE.- Los resultados, Sancho, malos o buenos, nada arguyen contra la bondad de la causa. Yo hice allí lo que debí hacer, y cien veces volvería a hacerlo si supiese que otras cien veces volvían a apedrearme.

SANCHO.- Pues créame ahora, y se excusará de otro daño mayor; porque le hago saber que con la Santa-Hermandad no hay usar de caballerías, y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos.

DON QUIJOTE.- Naturalmente eres cobarde, Sancho; pero porque no digas que soy contumaz, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes;

mas ha de ser con una condición; que jamás en vida ni en muerte has de decir a nadie que yo me retiré y aparté de este peligro, de miedo, sino por complacer a tus ruegos; que si otra cosa dijeres mentirás en ello; y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora, te desmiento y digo que mientes, y mentirás todas las veces que lo pienses o dijeres.

SANCHO.- Señor, de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un día. Así, no se arrepienta de haber tomado mi consejo; que bajo una mala capa suele haber un buen bebedor; y donde menos se piensa salta la liebre. Vámonos de aquí; que quien ama el peligro en él perece, y quien mal anda mal acaba, y a Dios rogando y con el mazo dando.

DON QUIJOTE.- Basta de refranes, Sancho, por las once mil vírgenes; que algunos los traes como por los cerros de Úbeda.

SANCHO.- Así será; pero venga vuestra merced, y suba en Rocinante, si puede, que esta allí atado con mi rucio; o si no, yo le ayudaré, y sígame, que atravesaremos estas asperezas.

DON QUIJOTE.- Mira, mira hacia este lado, Sancho, y verás cómo el cielo me quiere otorgar la más alta merced: digo esto, porque hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes.

SANCHO.- Mire bien, señor, lo que dice, y mejor lo que hace; que creo que se engaña.

DON QUIJOTE.- ¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? ¿No ves aquel caballero que hacia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, y trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

SANCHO.- Lo que yo veo no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

DON QUIJOTE.- Pues ese es el yelmo de Mambrino: apártate y déjame con él a solas, verás cuán sin hablar palabra concluyo esta aventura, y queda por mío el yelmo que tanto he deseado.

Escena IV

Dichos, un BARBERO en un asno con la bacía puesta en la cabeza.

(SANCHO se retira a cierta distancia: DON QUIJOTE se pone lanza enristre en medio del teatro, de cara al BARBERO.)

DON QUIJOTE.- Defiéndete, cautiva criatura, o entrégame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe. (Embistiéndole con la lanza.)

BARBERO.- ¡Santo Dios...! ¿Qué es esto? (Déjase caer del asno al suelo, se levanta y echa a correr dejándose la bacía.)

Escena V

DON QUIJOTE, SANCHO.

DON QUIJOTE.- Sancho, ven y repara cómo este pagano ha andado discreto en imitar al castor, el cual, viéndose perseguido de cazadores, se taraza y corta aquello por lo que él, por instinto natural, sabe que es perseguido. Alza, alza ese yelmo.

SANCHO.- Por Dios que esto no es más ni menos que una bacía.

DON QUIJOTE.- Toma éste y colócalo en el rucio. (Se quita su yelmo y lo da a SANCHO.)

SANCHO.- Y trocaré de albarda, que esta es nueva. (Entrase con el asno, y sale luego.)

DON QUIJOTE.- (Procurando ajustarse la bacía en la cabeza.) Grandísima cabeza debía tener el pagano para quien primero se forjó esta celada. Pero ya que soy dueño de este precioso tesoro, has de saber, Sancho, como he determinado quedarme en estas montañas e imitar la penitencia de Beltenebros, haciendo del desesperado, del sandio y, del furioso, como el valiente D. Roldán cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la bella había cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, e hizo cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura.

SANCHO.- Ese, al fin, tuvo causa; pero vuestra merced, ¿qué causa tiene para volverse loco, o para creer que la señora Dulcinea ha hecho alguna niñería con moro o cristiano?

DON QUIJOTE.- Ahí está el punto, y esa es la lineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, no tiene gracia. Loco soy, y loco he de ser, hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar a mi señora Dulcinea. Sígueme, que para la penitencia que pienso hacer, quiero subir a aquellos aguzados peñascos que allí miras, donde pueda dar zapatetas en el aire y atormentar mis regaladas carnes.

SANCHO.- Dios nos la depare buena. (Vanse por la montaña.)

Escena VI

DOROTEA, un LABRADOR.

(Ambos bajan de la montaña. DOROTEA viene vestida de hombre, como la pinta Cervantes, y trae un lío en el brazo.)

LABRADOR.- Os digo que esto ya es mucho andar, y que empiezo a cansarme del viaje.

DOROTEA.- Por la Virgen, Ambrosio, no seréis tan cruel que me abandonéis en la soledad de estas montañas. Pronto llegaremos al término de nuestro viaje, y podréis descansar y volveros a vuestra casa.

LABRADOR.- ¿Y dónde está ese término, que nunca lo veo?

DOROTEA.- En un lugar que hallaremos al salir de esta sierra. Allí me volverá Dios a mi esposo, o me quedará encerrada en un convento, a llorar mi desventura mientras me dure la vida.

LABRADOR.- Me hicisteis dejar la labor para que os acompañara a esta aventura, y Dios sabe si cuando vuelva hallaré acomodo.

DOROTEA.- Os di los cien reales que me pedisteis.

LABRADOR.- Y como venís escapada de casa de vuestros padres, si luego descubren que yo os acompañé...

DOROTEA.- No lo diré yo nunca. Y al despediros os daré más dineros.

LABRADOR.- ¿Como cuánto?

DOROTEA.- Lo que os hiciere falta: en este lío donde viene mi ropa de mujer, traigo una caja con oro y algunas joyas.

LABRADOR.- ¿Sí? pues lo mejor será que la caja, tal como está, sea para mí.

DOROTEA.- ¡Qué decís!

LABRADOR.- Que si al cabo habéis de ser monja, de nada os sirve.

DOROTEA.- ¡Ambrosio...! ¿Qué pensamiento es el vuestro...?

LABRADOR.- Ahora vais a verlo. (Va a quitarle el lío.)

DOROTEA.- ¡Ah! ¡traidor...! ¡Detente...! ¡Así me robas!

LABRADOR.- En estos sitios no te valen las voces...

DOROTEA.- ¡Virgen Santa, amparadme...!

LABRADOR.- ¡Suelta ese lío...! (Luchan.)

Escena VII

Dichos, el LICENCIADO, el BARBERO, CARDENIO.

(CARDENIO viene ya mudado de traje y cortada la barba.)

LICENCIADO.- ¡Villano! (El LABRADOR echa a correr y desaparece.)

DOROTEA.- ¡Ah! ¡Dios mío! (Cae en tierra, se le desprende la montera y se sueltan sus cabellos. Quiere levantarse y huir, pero la detienen.)

LICENCIADO.- Deteneos, señora, quien quiera que seáis, que los que aquí veis, solo tienen intención de servirlos. Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, pero nada temáis; libre os veis del villano que quería ofenderos.

CARDENIO.- Bueno fuera seguirle y castigar su demasía.

LICENCIADO.- No hay para qué, señor Cardenio: Dios cuidará de castigarle.

DOROTEA.- ¿Qué habéis dicho! ¡Cardenio...! ¡Cardenio...!

CARDENIO.- ¿Vos le conocéis?

DOROTEA.- ¿Quién de vosotros es? ¡Quiero conocerle!

CARDENIO.- ¿Y qué causa os mueve?

DOROTEA.- Es compañero mío...

CARDENIO.- ¿Vuestro?

DOROTEA.- Sí, en la desgracia, en la desesperación... Víctima como yo de una perfidia...

CARDENIO.- ¿Pues cómo...? ¡Explicaos...!

DOROTEA.- ¿Pero quién es, quién es...?

CARDENIO.- ¡Yo soy, señora!

DOROTEA.- ¡Vos! ¡Cielos! La venganza nos une en este sitio. Yo soy Dorotea, a quien engañó el pérfido D. Fernando dando mano y palabra de esposo. Ausentose del pueblo por breve tiempo, jurándome volver a cumplir su obligación. ¡Traidor! Informada estoy ya de sus nuevos amores, del enlace que intenta con la bella Lucinda en daño vuestro; y ciega de furor, huyo de mi pueblo con este disfraz y voy en busca suya. Venid conmigo: yo he jurado no volver a la casa paterna sino con mi esposo.

CARDENIO.- ¡Oh cielos!

DOROTEA.- ¡Venid, partamos a donde está el traidor: yo me pondré delante de sus ojos; mi presencia le aterrará... (Llora.) o quizá le recordara su primer amor y su sagrado juramento...! Venid, venid...

CARDENIO.- ¡Ah! ¿Qué intentáis hacer?... Deteneos: ya es tarde.

DOROTEA.- ¡Tarde! ¡Oh Dios!

CARDENIO.- ¡Lucinda es ya su esposa!

DOROTEA.- ¡Cielos! (Cae desmayada.)

LICENCIADO.- ¡Desgraciada! (Sosteniéndola con CARDENIO.)

(SANCHO aparece en la montaña.)

BARBERO.- Mirad, aquel es Sancho, por allí viene.

LICENCIADO.- Sí; no hay duda. Cuidad de esta señora mientras yo le hablo. Llevadla a esa cabaña de pastores, socorredla, y aguardadme allí. (El BARBERO y CARDENIO se llevan a DOROTEA.)

Escena VIII

EL LICENCIADO, SANCHO.

LICENCIADO.- Amigo Sancho Panza, ¡cuánta es mi suerte de hallaros! ¿Dónde queda vuestro amo?

SANCHO.- ¡Señor Licenciado! ¡Vuestra merced por estos sitios! ¿Qué ocasión le conduce?

LICENCIADO.- Muy poderosa es sin duda; pero decidme, ¿dónde queda vuestro amo?

SANCHO.- Mi amo, señor, queda ocupado en cierta parte y en cierta cosa que no puedo descubrir por los ojos de mi cara; que en boca cerrada no entran moscas.

LICENCIADO.- No, no, Sancho Panza; si vos no decís donde queda, imaginaré, como va imagino, que vos le habéis muerto y robado, y tomaré providencia que os pese.

SANCHO.- No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato a nadie. Mi amo queda haciendo penitencia en la punta de esa peña, muy a su sabor; y a mí me ha dado una carta para que se la lleve a su señora Dulcinea del Toboso, que es la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien está enamorado hasta los hígados.

LICENCIADO.- Pues venid acá, Sancho: ¿veis aquellas gentes que allí están?

SANCHO.- Sí veo.

LICENCIADO.- Pues príncipes y princesas son que vienen en busca de vuestro amo para pedirle mercedes que, otorgadas y cumplidas, redundarán en gloria suya y provecho vuestro; porque de esta hecha lograréis la Ínsula ofrecida, o algún condado o cosa semejante. Con que amigo, venid a conocerlos, y anunciad después a vuestro amo que la Princesa Micomicona y el Príncipe Micomicón piden permiso para llegar a sus plantas.

SANCHO.- Vedle allí bajar de la peña y dirigirse a este sitio.

LICENCIADO.- Pues seguidme antes que nos halle, y os informaré de todo.

Escena IX

DON QUIJOTE, en justillo; bajando de la peña.

DON QUIJOTE.- ¡Cuán lentas y perezosas corren las horas para el cuitado que aguarda como yo la aurora de su vida o la sentencia de su muerte! ¡Oh, Sancho! fiel escudero mío, pon alas a tus pies, o por mejor decir a los de tu jumento, más feliz que yo, pues a él le será dado llegar hasta las mismas plantas de la sin par Dulcinea. ¡Oh Dulcinea! Señora de mis pensamientos, vuelve tus ojos hacia estas erizadas rocas; penetren tus miradas en el corazón de esta sierra, y acoge benévola la penitencia dolorosa con que se macera las carnes este tu enamorado caballero.

Arboles, yerbas y plantas
que en aqueste sitio estáis,
tan altos, verdes, y tantas;
si de mi mal no os holgáis,
escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote
aunque más terrible sea;

pues por pagaros escote,
aquí lloró Don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,
que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras,
hirióle amor con su azote
no con su blanda correa,
y en tocándole al cogote,
aquí lloró Don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Escena X

DON QUIJOTE, CARDENIO, DOROTEA, de mujer; EL BARBERO, disfrazado con barba larga, y SANCHO.

DON QUIJOTE.- ¡Sancho! ¿Pues como tú aquí todavía?

SANCHO.- Señor don Quijote, primero que parta a hacer el encargo de vuestra merced, tengo que guiar a vuestra presencia a aquellos príncipes que allí veis, que así me lo han pedido; y ha de ser para una de las más grandes aventuras que en el mundo pueden acometerse.

DON QUIJOTE.- ¡Qué me dices, Sancho! Lleguen sin detención, y antes saldré yo a su encuentro.

BARBERO.- (Aparte a ellos.) Ánimo, y haced lo que hemos concertado.

DOROTEA.- (Arrodillándose con CARDENIO.) De aquí no me levantaré, oh valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de los más agraviados príncipes que el sol ha visto.

CARDENIO.- Si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde a la voz de vuestra inmortal fama, obligado estáis a favorecer a los sin ventura que de tan lueñas tierras vienen al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas.

DON QUIJOTE.- No os responderé palabra, cuitados príncipes, ni oiré más cosa de vuestra hacienda, fasta que os levantéis de tierra.

DOROTEA.- No me levantaré, señor, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido.

DON QUIJOTE.- Yo vos le otorgo y concedo, como no se haya de cumplir en daño o mengua de mi Rey, de mi patria y de aquella que de mi corazón y libertad tiene la llave.

CARDENIO.- No será en daño ni en mengua de lo que decís.

SANCHO.- Bien puede vuestra merced, señor, concederles el don que piden, que no es cosa de nada, solo es matar a un gigantazo; y esta que lo pide es la alta Princesa Micomicona, y ese el príncipe Micomicón, su esposo, Reyes del gran reino Micomicón de Etiopía.

DON QUIJOTE.- La vuestra fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere.

DOROTEA.- Pues el que pido es, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo lo llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darnos venganza de un traidor que contra todo derecho divino y humano nos tiene usurpado el reino.

DON QUIJOTE.- Digo que así lo otorgo, señora: desde hoy mas, desechad la melancolía que os fatiga, haced que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza; que con el ayuda de Dios os veréis presto restituidos en vuestro reino, a pesar y a despecho de los que contradecirlo quisieren.

SANCHO.- (Trayendo a Rocinante y al rucio.) Pues siendo así, subid sobre Rocinante y la Princesa en mi rucio, y vamos, que, como dijo el otro, en la tardanza está el peligro.

DON QUIJOTE.- Vamos, pues. Ayuda, Sancho, a la Princesa.

BARBERO.- Eso le toca a su escudero. (Sube DOROTEA en el rucio, y D. QUIJOTE en Rocinante.) Bien se va logrando nuestro intento. (Aparte.)

CARDENIO.- (Aparte.) ¿Lo hemos hecho a satisfacción vuestra?

BARBERO.- (Id.) A punto que no hay más que pedir.

DON QUIJOTE.- (A caballo.) Príncipes, venid, y fiad vuestra salud en el valor de mi pecho, y en el esfuerzo de mi invencible brazo.

ACTO SEGUNDO

El patio de la venta.

Escena primera

EL VENTERO, MARITORNES.

VENTERO.- Hiciste mal, he dicho, y no me repliques.

MARITORNES.- Ya lo conozco, señor amo, pero fueron tantas las instancias que me hicieron...

VENTERO.- Irlas a dar sin más ni más la cola donde cuelgo los peines.

MARITORNES.- Y mi saya de las fiestas, y mi jabón, y el birretillo que os ponéis para dormir.

VENTERO.- ¿Y a dónde se habrán marchado con ello?

MARITORNES.- Dijo el Licenciado que todo le servía para hacer una obra de caridad, y que iban en busca de aquel loco que estuvo aquí, a quien armasteis caballero; que en pocas horas volverían con la cola y con el loco.

VENTERO.- A mí se me da muy poco de todo eso; tú no debiste darle...

MARITORNES.- No os enfadéis... ¡Ah! los danzantes que van a la fiesta de Almodóvar vienen hacia aquí, y quisieran que los dejaseis ensayar en el patio; que esto antes atraerá que ahuyentará los viajeros.

VENTERO.- Dancen enhorabuena. (Vase.)

MARITORNES.- Venid, venid: ya tenéis la licencia del amo.

(Algunos mozos sacan sillas y se sientan a ver el baile. Vienen los danzantes. - Baile.)

VENTERO.- Ahí viene una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, gaudeamus tenemos.

MARITORNES.- ¿Qué gente es?

VENTERO.- Tres hombres vienen a caballo y dos mozos a pie, y junto con ellos viene una mujer vestida de blanco, en un sillón, y cubierto el rostro; y según se puede colegir por su hábito, ella es monja o va a serlo.

MARITORNES.- ¿Vienen muy cerca?

VENTERO.- Tan cerca, que ya llegan.

Escena II

Dichos, DON FERNANDO, EMBOZADO; LUCINDA en medio de dos embozados.

DON FERNANDO.- ¿Hay posada?

VENTERO.- Tanta, cuanta vuestra merced gustare.

DON FERNANDO.- Dos cuartos: uno para esa señora, y otro para mí.

(LUCINDA se sienta en una silla.)

VENTERO.- ¡Los queréis separados!... Yo pensé...

DON FERNANDO.- Sí, separados; pero pronto habitaremos en uno mismo (mirando a LUCINDA), a pesar de inútiles resistencias.

LUCINDA.- ¡Ay de mí!

VENTERO.- Voy a servirlos. (Vase con MARITORNES.)

Escena III

DON FERNANDO, LUCINDA, los dos EMBOZADOS.

DON FERNANDO.- Vuestros suspiros, vuestro llanto son inútiles. Harto tiempo los he oído ya en desprecio mío: hartos rendimientos he usado con vos: yo creí que un apellido ilustre, una cuantiosa renta y mi corazón enamorado bastarían a rendir el vuestro y borrar de vuestra memoria el nombre y los amores de un amante oscuro... de ese Cardenio...

LUCINDA.- (Levantándose y alzando el velo). Que era vuestro amigo, y le habéis engañado.

DON FERNANDO.- Sí, era mi amigo; pero cuando el amor se apodera de un alma, ¿creéis que puede dar entrada a un helado sentimiento que viene a combatirlo? Confieso que luché mucho tiempo con mi obligación y mi amor; que la voz del honor y la amistad gritó con fuerza dentro de mi pecho; que mil remordimientos me destrozaban... Cardenio... vuestros padres... obligaciones sagradas que no puedo olvidar... que en este momento mismo me hacen guerra al corazón... Sí; no lo dudéis... Pero vos ofendisteis mi amor propio: cuando ibais a pronunciar el *sí* que colmaba mi dicha, os asalta un desmayo,

se halla en vuestro seno un billete dirigido a Cardenio y una daga con que intentabais mataros; vuestros padres entonces retiran aterrados su promesa y me niegan la entrada en su casa; vos os encerráis en un convento: tantos desaires irritaron mi orgullo, ahogaron todo remordimiento, toda amistad, toda obligación. Me decidí a robaros y a hacerlos por fuerza mía. ¡Ah! La venganza sola me hubiera forzado a hacerlo, aunque el amor que me inspiráis no fuera tan poderoso.

LUCINDA.- ¡Por fuerza! Tenéis razón: si hay fuerza que obligue a una mujer a ser de quien aborrece.

DON FERNANDO.- Lucinda, son vanas vuestras amenazas.

LUCINDA.- No será vana mi resistencia.

DON FERNANDO.- Os engañáis; no os conocéis a vos, misma: ¿pensáis que ese amor que sentís por Cardenio será eterno? No lo creáis: a pesar vuestro, el tiempo y la ausencia lo borrarán, y la costumbre de verme a vuestro lado, sin saber cómo, os hará que me améis.

LUCINDA.- ¡Qué amor ha de inspirarme nunca un hombre que quiere merecer mi mano por tan indignos medios! ¡que me roba de un asilo sagrado! ¡Ah padre mío! ¡Cuál sería tu asombro y tu dolor, al hallarte sin tu hija...! ¡Infame! ¡Tú te gozas con ese recuerdo!

DON FERNANDO.- ¡Ah! No lo creas. Ese es otro de los remordimientos que me combaten. Cuando te arrebatava del convento, tu voluntad era tan forzada como la mía: el amor, la venganza, se enseñoreaban de todo mi ser: no tenía en mi auxilio sino un resto de razón sofocado, que sólo servía para alumbrarme el precipicio donde me iba a sepultar, sin bastar a detenerme en su orilla. ¡Ah Lucinda! Si tú eras mi víctima, yo era víctima también de mi ciega pasión.

LUCINDA.- Decid de vuestros caprichos.

DON FERNANDO.- Lo juro: daría toda mi sangre por no haberte conocido; pero ya no me es dado volver atrás. Quiero restituir cuanto antes la tranquilidad a tus padres: yo mismo te conduciré a sus brazos...

LUCINDA.- ¡Cielos! ¡Qué oigo!

DON FERNANDO.- Pero esposa mía.

LUCINDA.- ¡Ah! ¿Es esa vuestra generosidad?

DON FERNANDO.- De ti depende apresurar el instante de abrazarlos, apresurando el de mi dicha. ¡Lucinda! Duélete de un alma devorada de remordimientos y de amor: consiente en ser mi esposa.

LUCINDA.- Apartad.

DON FERNANDO.- Dame el consuelo de que pueda yo presentarte a tus padres contenta y feliz, ayúdame a implorar de ellos mi perdón. ¡Por piedad! ¡ámame...! ¡siquiera para librarme de ser criminal!

LUCINDA.- Jamás. Si queréis alcanzar vuestro perdón, volvedme a mi casa libre; pero esposa vuestra... yo os juro que no volveré.

DON FERNANDO.- ¡Eh! basta de humillación. El cielo ve en este momento quién es más culpable de los dos. - Bien: al amanecer saldremos de aquí: llegaremos a mi castillo, y no veréis en él más persona que el sacerdote que reciba vuestro juramento. (Vase.)

Escena IV

LUCINDA, los dos EMBOZADOS.

LUCINDA.- De amar a Cardenio, y de morir antes que ser vuestra. ¡Cielos! ¡Dónde esta vuestra justicia! Un amante vendido, un padre desolado, ¿no bastan a merecerla?

DON QUIJOTE.- (Dentro.) ¿Qué hace el Enano de este castillo, que no anuncia la llegada de un caballero andante?

(Los embozados al oír el ruido, se acercan a LUCINDA y la echan el velo.)

LUCINDA.- Mi destino lo ordena: suframos. (Se sienta.)

Escena V

Dichos. DON QUIJOTE, SANCHO, CARDENIO, DOROTEA, EL LICENCIADO y EL BARBERO.

DON QUIJOTE.- Huélgome sobre manera, señor Licenciado, de haberos hallado en el camino; que así tendré la dicha de pasar con vuestra merced esta noche, y contarle la hazaña a que soy llamado.

LICENCIADO.- Gran gusto recibiré de saberla.

CARDENIO.- Yo informaré de todo a vuestra merced.

LUCINDA.- ¡Cielos! ¡Qué voz...! ¡Oh Dios! ¡Me engañan mis ojos!

(Se levanta; los embozados se colocan a su lado y la detienen.)

DON QUIJOTE.- Sabréis como he consagrado mi espada a la defensa de estos esposos.

LUCINDA.- ¡Qué oigo! (Aparte.)

CARDENIO.- Sí: ha cedido a los ruegos de mi amada esposa.

LUCINDA.- ¡Su esposa...! ¡Traidor...! ¡Valedme, oh Dios!

(Se deja caer en la silla.)

DON QUIJOTE.- Así pues, como es obligación mía hacer la centinela del castillo mientras duermen estos señores, quiero aprovechar estas pocas horas para descansar el molido cuerpo; y os ruego que me llaméis, si durmiere, cuando os retiréis al lecho.

CARDENIO.- Así lo haremos.

DON QUIJOTE.- Ha del castillo: castellano, venid a mi presencia.

Escena VI

Dichos, EL VENTERO, MARITORNES.

VENTERO.- ¿Quién da voces?

DON QUIJOTE.- Yo.

VENTERO.- ¡Ah Señor Don Quijote, ¡vuestra merced por acá!

DON QUIJOTE.- Disponedme un buen cuarto y un buen lecho para descansar, y no como la otra vez.

VENTERO.- Si vuestra merced me lo paga mejor que la otra vez, se le dará de príncipes.

DON QUIJOTE.- Sí pagaré.

VENTERO.- Pues sígame vuestra merced.

DON QUIJOTE.- (Viendo a MARITORNES.) Hermosa doncella; ¡que aquí os encuentro! Perdonad, pero si hacéis cuenta de repetir la visita de la otra vez, os prevengo que será en balde; que aunque tan grande sea vuestra fermosura, no ha de quebrantar la fe que tengo jurada a mi señora Dulcinea del Toboso. (Vase.)

MARITORNES.- Ande a dormir; que yo no busco a nadie, ni él es para buscado. (Vase.)

LICENCIADO.- Acompañémosle todos: y vos, Dorotea, para prevenir sospechas viéndoos sola entre tantos hombres, seguid aparentando que sois esposa de Cardenio.

DOROTEA.- Bien me parece.

CARDENIO.- Así lo haré yo también.

LICENCIADO.- Pues vamos. (Empieza a anochecer.)

Escena VII

LUCINDA, SANCHO, los dos EMBOZADOS.

LUCINDA.- Amigo, esperad vos.

SANCHO.- Ved, señora, que mi amo puede necesitarme.

LUCINDA.- Al momento iréis; oid una pregunta.

SANCHO.- ¿Qué queréis?

LUCINDA.- ¿Cuál de las personas que acompañáis es vuestro amo?

SANCHO.- El valeroso caballero andante Don Quijote de la Mancha, que por su gentil continente no podéis haberle confundido con los demás. Y yo, para serviros, soy Sancho Panza su fiel escudero.

LUCINDA.- Y decidme: ¿aquel caballero que con vosotros viene, quién es? ¿Y con qué motivo os acompaña?

SANCHO.- ¡Oh señora! Ese es el muy alto Príncipe Micomicón...

LUCINDA.- ¡Villano! ¡Qué decís!

SANCHO.- Sí señora: el Príncipe Micomicón de Etiopía; y aquella dama que le acompaña, es su esposa.

LUCINDA.- ¡Su esposa...! ¿Estáis seguro de ello?

SANCHO.- ¡Y cómo si lo estoy!

LUCINDA.- ¡Cielos! ¡Será posible...! ¡Y el traidor decía que me amaba...! Pero Sancho, decidme: ¿dónde, cómo se casaron?

SANCHO.- ¿Dónde? En el reino Micomicón de Etiopía, de que son soberanos...

LUCINDA.- ¿Qué estáis diciendo? ¿Os burláis?

SANCHO.- ¿Y cómo? Regularmente sería en haz y en paz de la Santa Madre Iglesia...

LUCINDA.- ¡Dios mío...! ¡Es este el premio de mi constancia...! ¿Es un sueño lo que me pasa...? Pero esa dama, decidme...

SANCHO.- Es la muy alta Princesa Micomicona...

LUCINDA.- ¡Basta ya...! Necio...

SANCHO.- Pues señora, ¿no me preguntáis?

LUCINDA.- Sandio... loco... ¿queréis mofaros de mí?

SANCHO.- Señora, no os engaño. ¿Qué más testigo de que es una Princesa, que su peregrino rostro? Yo alabo el gusto del príncipe en haber dado la mano a una hermosura que no tiene igual, ni es dable hallarla, ni yo la he visto... (LUCINDA picada se levanta el velo rápidamente.) hasta ahora. ¿Si será otra Princesa? Perdonad: si hubierais hecho un poco antes esa operación...

LUCINDA.- ¿Hay desgracia como la mía? (Aparte.)

SANCHO.- Hubierais escusado...

LUCINDA.- Dejadme, dejadme ya.

SANCHO.- Y si acaso sois, como parece...

LUCINDA.- ¡Su esposa! (Aparte.)

SANCHO.- Alguna Princesa menesterosa...

LUCINDA.- ¡Olvidarme tan pronto! (Aparte.)

SANCHO.- Yo hablaré a mi amo; y con tal que me deis luego alguna Ínsula o Condado, o...

LUCINDA.- ¡Villano! Dejadme os digo.

SANCHO.- ¡Si será la mujer del gigante! (Aparte y vase.)

Escena VIII

LUCINDA, y los dos EMBOZADOS.

LUCINDA.- ¡Fiad en las palabras de los hombres! (Se pasea agitada.) ¡Entregadles sin reserva vuestro corazón...! ¡Creed en sus lágrimas... en sus juramentos! Éste era un amor nacido en la infancia... compañero de aquellos dulces recuerdos... de aquellos recuerdos eternos de la niñez! ¡Cuando todo es felicidad... todo es ilusiones...! ¡Era una pasión...! ¡Una pasión...! ¡Para mí! ¡Traidor! Y un mes... un mes ha bastado... ¿Quién es esa mujer...? ¡Ah! ¡Me engañaba, nunca me amó! ¡Ninguno ama...! Nos engañan siempre: cuando pintan su amor, cuando lloran, cuando están en nuestros brazos, nos engañan! ¡Triste de mí! ¡Qué felicidad me queda ya en el mundo! Me esconderé en un claustro. ¡Y él en tanto en los brazos de su esposa... Alguna vez recordará con tibieza su primer amor, y acaso con insolente compasión dirá: *¡Pobre Lucinda!* No: Don Fernando será mi esposo: yo lo amaré... ¡si, le amaré de veras, con toda mi alma!... Y Cardenio lo verá y envidiará su suerte.

Escena IX

Dichos, DOROTEA.

DOROTEA.- Mi espíritu no está para reír las sandeces de ese desventurado; dejémosle que duerma.

LUCINDA.- (Aparte.) ¡Ella es! Aquí viene. ¡Cómo tiemblo!

DOROTEA.- (Aparte.) Ésta es la dama que vimos antes: se ha levantado el velo... ¡Qué bella es!

LUCINDA. (Aparte.) ¡No me parece tan hermosa!

DOROTEA.- Perdonad, señora, si me tomo la licencia de hablaros; pero cuando os vi al llegar a esta venta, me pareció adivinar (aunque el velo no ocultaba vuestro rostro) por vuestro abatido aspecto y frecuentes suspiros, que alguna pena os queja; y como yo también soy desgraciada...

LUCINDA.- ¡Desgraciada! ¡Vos!... ¡Pues cómo! ¿No estáis al lado de vuestro esposo?

DOROTEA.- (Ah Disimulemos.) Sí; pero...

LUCINDA.- Porque ese caballero que os acompaña creo que es vuestro esposo, ¿no es verdad?

DOROTEA.- Sí, mi esposo...

LUCINDA.- ¿Y sin duda os ama como vuestra hermosura merece?

DOROTEA.- Sí, me ama; pero...

LUCINDA.- (Aparte.) ¡Pérfido!

DOROTEA.- Hablemos de vos; contadme vuestras penas.

LUCINDA.- ¿Qué os pueden importar mis penas? Los que son felices no pueden interesarse en las desgracias ajenas.

DOROTEA.- ¡Yo feliz!

LUCINDA.- ¡Sin duda! ¿Qué desgracias pueden ser las vuestras? Si hubierais amado, como yo, a un monstruo de ingratitud; si fiada en sus juramentos y en sus lágrimas, le hubierais hecho sin reserva dueño de vuestro corazón...

DOROTEA.- ¡Ah! ¿Qué decís?

LUCINDA.- Y en fin, si hubierais cifrado vuestra felicidad en uniros a él, y una corta ausencia destruyera todas vuestras ilusiones, y el traidor, entregado a nuevos amores, se uniera en lazo eterno a otra mujer...

DOROTEA.- (Aparte.) ¡Cielos! ¡Qué funesta semejanza! - ¡Ah! ¡Ah! ¡qué desgraciada sois!

LUCINDA.- ¡Y vos me compadecéis! Pues bien: y si destrozado tan bárbaramente vuestro corazón, una horrenda casualidad os presentase ante vuestros ojos a la feliz rival...

DOROTEA.- ¡Dios mío!... ¡Qué palabras!... ¿Seréis acaso?...

LUCINDA.- Nada temáis: ¡soy esposa!

DOROTEA.- ¡Gran Dios! ¡Qué horrible misterio! Por piedad, explicáos: ¿sois vos?...

LUCINDA.- ¿Aún no lo habéis penetrado?

DOROTEA.- ¿Y vuestro esposo?...

Escena X

Dichos; DON FERNANDO.

DON FERNANDO.- Lucinda, venid...

LUCINDA.- Miradlo.

DOROTEA.- ¡Ah! (Cae desmayada: DON FERNANDO y los embozados la sostienen.)

DON FERNANDO.- (Aparte.) ¡Cielos! ¡Dorotea!

LUCINDA.- ¿Qué es esto?... ¡Se ha desmayado al veros!

DON FERNANDO.- (Aparte.) ¡Dorotea! ¡Y yo la abandoné!

LUCINDA.- Llevadla, llevadla a su cuarto.

DON FERNANDO.- Sí, ayudadme. (Se dispone a llevarla, y los embozados lo ayudan.)

LUCINDA.- Quedáos, Don Fernando.

DON FERNANDO.- Dejad que la conduzca...

LUCINDA.- Basta con los dos: quedáos digo. Tengo que hablaros.

DON FERNANDO.- Llevadla a su lecho y cuidad de ella: que nada le falte.

(Lo hacen.)

Escena XI

LUCINDA, DON FERNANDO.

DON FERNANDO.- (Aparte.) ¡Cielos! ¡Qué impresión ha hecho en mi alma!... ¡Yo la amaba: sí, la amaba!... Lucinda me hizo olvidarla... y ahora siento...

LUCINDA.- ¡Estáis suspenso! ¿qué tenéis?

DON FERNANDO.- Nada: me ha sorprendido... (Aparte.) Si le habrá revelado...

LUCINDA.- Y a mí también: no sé a qué atribuir ese accidente.

DON FERNANDO.- ¡No sé!... Tal vez vuestra conversación...

LUCINDA.- Ha decidido de mi suerte: ha disipado la niebla que envolvía mi razón: me ha dictado mi deber.

DON FERNANDO.- (Aparte.) ¡Todo lo sabe! Pero aún no es tarde; triunfe el honor: vuelva Lucinda a los brazos de su amante, y sea mi esposa Dorotea. - En fin, Lucinda, pues que todo lo sabéis, yo imploro vuestro perdón, y quiero...

LUCINDA.- Sí; estoy resuelta: seré vuestra esposa.

DON FERNANDO.- (Asombrado.) ¿Qué decís?

LUCINDA.- Vos exigíais mi mano por compasión: yo os la entrego por venganza. Cardenio, a quien yo amaba tanto, me ha olvidado, me ha vendido... es ya esposo de otra mujer: en este instante acabo de saberlo. - ¡Traidor! No te gozarás en mi desesperación. - Don Fernando, soy vuestra: conducidme al altar; quiero unirme a vos: pronunciaré serena el eterno sí, la venganza me dará fuerzas, y... ¡ah! ¡yo os amaré, sí, os amaré... como amaría a Cardenio!

DON FERNANDO.- ¿Qué decís?... Tranquilizaos; acaso no será cierta esa noticia...

LUCINDA.- ¡Qué mudanza es esta!

DON FERNANDO.- Lucinda, vos anhelabais volver a la casa paterna...

LUCINDA.- ¡Ahora sólo anhelo ser vuestra esposa!

DON FERNANDO.- Lucinda, es imposible.

LUCINDA.- ¡Cielos!

DON FERNANDO.- ¡Imposible! Sabed, en fin, la causa de que esa mujer se desmayase al verme. Yo la amaba antes de conoceros, fue mía; soy su esposo ante Dios. Vuestra fatal hermosura me hizo olvidar lo que debía a mi sangre y al cielo; pero su presencia en estos sitios, la repentina aparición de esa mujer que tanto amaba, ha sido para mí un rayo que me ha alumbrado la senda de la virtud, encendiendo de nuevo en mi corazón un fuego mal apagado... ¡Ah! ¡Conozco que la amo todavía!

LUCINDA.- ¿La amáis?

DON FERNANDO.- ¡La amo!

LUCINDA.- ¡Gracias al cielo! ¡Mi venganza es completa! - ¿La amáis?

DON FERNANDO.- La amo, y será mi esposa.

LUCINDA.- ¡Dios justo! ¡Dios justo! - ¡Ahora vais a probar todo lo que yo he sufrido!

DON FERNANDO.- ¡Cómo!

LUCINDA.- Esa mujer no puede ser vuestra.

DON FERNANDO.- ¿Qué decís? Dorotea...

LUCINDA.- Dorotea es la esposa de Cardenio.

DON FERNANDO.- ¡Dios eterno! ¡Qué escucho!

LUCINDA.- Ella misma me lo ha dicho.

DON FERNANDO.- ¡Traidora! ¡Falsa!

LUCINDA.- Sufrid, sufrid como yo he sufrido. Vos me robasteis mi felicidad: ¡el cielo os roba la vuestra! (Vase.)

Escena XII

DON FERNANDO, después SANCHO.

DON FERNANDO.- No la gozará más tiempo: mi acero...

(Se dirige al cuarto de DOROTEA.)

SANCHO.- ¿Dónde vais?

DON FERNANDO.- Dejadme.

SANCHO.- No se puede entrar: la princesa Micomicona está indispuesta.

DON FERNANDO.- Aparta, villano. (Le derriba en tierra de un empujón, y entra.)

Escena XIII

SANCHO solo.

SANCHO.- Si esta venta es de mal agujero para mí. Manteamientos... mojicones...

DON QUIJOTE. (Dentro.) Tente, ladrón (Se oye dentro ruido de cuchilladas.), malandrín; que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra.

SANCHO.- ¡Qué oigo! Mi señor da voces... corramos. (Entrase.)

Escena XIV

DON FERNANDO, los EMBOZADOS. (Saliendo.)

UN EMBOZADO.- Señor, no entréis ahora; apenas ha vuelto en sí, y vuestra presencia podría renovar el accidente.

DON FERNANDO.- ¡Yo quiero verla!

EL EMBOZADO.- Venid, señor, tranquilizaos; después la veréis.

(Se lo llevan a su cuarto.)

SANCHO.- (Dentro.) ¡Victoria! ¡Victoria!

Escena XV

EL VENTERO, MARITORNES, EL LICENCIADO, EL BARBERO, después SANCHO.

VENTERO.- ¡Qué ruido es este! ¡Qué voces!

SANCHO.- Acudid, señores, presto, y socorred a mi señor que anda envuelto en la más reñida batalla que mis ojos han visto.

LICENCIADO.- ¡Cómo! ¡Dónde!

SANCHO.- Vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercén a cercén, como si fuera un nabo.

LICENCIADO.- Sancho, ¿estáis en vos? (Sigue el ruido de cuchilladas.)

SANCHO.- Yo he visto correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es tamaña como un gran cuero

de vino.

VENTERO.- Que me maten si Don Quijote o Don Diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que a su cabecera estaban llenos; y el vino derramado le parece sangre a este pecador: vamos, vamos todos.

(Abrese el fondo: aparece el cuarto de DON QUIJOTE: la cama a un lado. Varios cueros de vino con forma vaga de gigantes, como los veía D. QUIJOTE en su imaginación, heridos y arrojando vino. DON QUIJOTE en calzoncillos, un bonetillo colorado en la cabeza, revuelto en la sábana, con la almohada por rodela, los ojos cerrados, la espada en la mano, dando cuchilladas.)

Este cuadro estará iluminado con luz rojiza.

Escena XVI

DON QUIJOTE, y Dichos.

DON QUIJOTE.- Salid, salid, gigantes; sufriréis la misma suerte. ¡Muere, perro: muere, malandrín!

VENTERO.- ¡Loco! que me arruinas.

LICENCIADO.- ¡Vive Dios que está dormido! ¡Señor Don Quijote!...

BARBERO.- Esto será lo mejor.

(Coge un caldero de agua y se lo echa encima. DON QUIJOTE se adelanta y se arroja a los pies de LICENCIADO.)

DON QUIJOTE.- Alta y hermosa Princesa, muerto queda el gigante: recobrad vuestro trono.

VENTERO.- ¡Ah ladrón! ¡Cómo recobraré yo mi vino!

ACTO TERCERO

La misma decoración. - Es de noche.

Escena I

DON QUIJOTE en el fondo, haciendo la centinela. MARITORNES que sale con un cabestro en la mano.

MARITORNES.- (Atisbando.) Allí está haciendo la centinela. ¡No se me ha de escapar esta ocasión de vengarme de ese loco! - ¡Decir que yo le busco y le inquieto y le... ¡haya

embustero! Con tan fiera catadura, tan flaco y tan... Yo le prometo... ¡Ah! ya viene hacia aquí... Vamos al agujero del pajar. (Vase.)

Escena II

DON QUIJOTE con lanza; poco después MARITORNES asomada al agujero del pajar.

DON QUIJOTE.- (Apoyado en la lanza.) ¡Oh, mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y últimamente, idea de todo lo provechoso y honesto y deleitable que hay en el mundo! ¿y qué hará agora la tu merced? ¿Si tendrás las mientes por ventura en tu cautivo caballero, que a tantos peligros, por sólo servirte, de su voluntad ha querido ponerse?

MARITORNES.- Ce, ce...

DON QUIJOTE.- ¡Parece que cecean... y a mí debe de ser sin duda!

MARITORNES.- Ce, ce... caballero.

DON QUIJOTE.- No hay duda, la voz ha salido de aquella ventana de las rejas doradas. (Mirando al agujero.)

MARITORNES.- Señor mío, lléguese acá la vuestra merced, si es servido.

DON QUIJOTE.- ¡Otra vez, como la pasada, la doncella fermosa, vencida de su amor, torna a solicitarme! Fuerza será no mostrarme descortés y desagradecido. (Llega al agujero.) Lástima os tengo, fermosa señora, de que hayales puesto vuestras amorosas mientes en quien no puede corresponderos, por no faltar a aquella que es señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento y si queréis de mi otra cosa que amor no sea, pedídmela si bien fuese una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, o ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma.

MARITORNES.- No ha menester nada de eso mi señora, señor caballero.

DON QUIJOTE.- ¿Pues qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora?

MARITORNES.- Sola una de vuestras hermosas manos, por poner en ella los labios; que este es el deseo que aquí la ha traído, tan a peligro de su honor. Dádsela, pues, y no la tengáis agonía.

DON QUIJOTE.- Dejad que me acerque y trepe por donde pueda llegar esa dorada reja. (Tropa por la pared hasta llegar con la mano al agujero.) Tomad, señora, esa mano, o por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas; de donde sacaréis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.

MARITORNES.- Ahora lo veremos. (Échale una lazada en la mano, y desaparece.)

DON QUIJOTE.- ¡Qué es eso! Mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano. Nadie me responde... a nadie veo... no puedo sacar el brazo... y siento en la muñeca una cosa que me raspa... El caso es que si me escurro, quedaré colgado de esta reja. - ¡Viven los cielos que estoy encantado! ¡Y quién sabe los años que querrá tenerme así el gigante usurpador del trono Micomicón; que él es sin duda el que me ha encantado por temor de entrar conmigo en singular batalla. ¡Oh Dulcinea del Toboso!

¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
¡O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal!
¡Oh noble marqués de Mantua,
mi tío y señor carnal!

Escena III

DON QUIJOTE al agujero: dos CRIADOS de DOROTEA.

(Empieza a amanecer.)

CRIADO 1.º.- Llamemos a esta puerta, que acaso en esta venta la podemos hallar.

CRIADO 2.º.- Sí, llamemos. (Dan golpes a una puerta.)

DON QUIJOTE.- Caballeros o escuderos, o quien quiera que seáis, no tenéis para qué llamar a las puertas de este castillo; desviaos afuera, y esperad que aclare el día, y entonces veremos si es justo o no que os abran.

CRIADO 1.º.- ¿Qué diablos de fortaleza o castillo es éste para obligarnos a guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, porque vamos de prisa.

DON QUIJOTE.- ¿Pareceos, caballero, que tengo yo talle de ventero?

CRIADO 1.º.- No sé de qué tenéis talle; pero sé que decís disparates en llamar castillo a esta venta. (Vuelven a llamar.)

Escena IV

Dichos. MARITORNES a la puerta.

MARITORNES.- ¿Qué buscan, señores, a estas horas?

CRIADO 1.º.- ¿Podréis decirnos si ha llegado a esta venta una joven hermosa, por nombre Dorotea, a quien venimos buscando por orden de su padre, del que somos criados?

MARITORNES.- Hay tanta gente, que no os lo puedo decir; entrad, y vedlo vos mismo.

CRIADO 1.º.- Pues entra tú, Rodrigo, y yo quedaré guardando la salida. (Vase el CRIADO 2.º)

DON QUIJOTE.- ¡Ay!

MARITORNES.- Allí está el loco: voy a soltar el cabestro antes que salga el amo. (Vase.)

Escena V

DON QUIJOTE y el CRIADO 1.º

CRIADO 1.º.- ¿Y vos qué hacéis ahí en esa rara postura?

DON QUIJOTE.- Sandio: ¿pues no conocéis que estoy encantado? Que por mi cuenta van ya tres años, mes más o menos.

CRIADO 1.º.- Lo que yo creo es que tenéis encantado el juicio, según los disparates que decís.

DON QUIJOTE.- ¡Malandrín! ¿Pues qué más señal de que lo estoy que el no haber castigado ya tu insolencia?

Escena VI

Dichos, el CRIADO 2.º sacando a DOROTEA

CRIADO 2.º.- Señora, venid de grado, y no queráis que vuestros padres mueran de dolor.

DOROTEA.- Dejádme, que yo no puedo ponerme en su presencia...

CRIADO 1.º.- No nos obliguéis, señora, a usar de la fuerza; que como criados debemos cumplir las órdenes de vuestro padre.

DON QUIJOTE.- ¡Gigante usurpador! No toques a la Princesa... ya te he conocido...

DOROTEA.- Señor Don Quijote, libértadme.

(DON QUIJOTE cae en tierra, trayendo el cabestro atado a la muñeca.)

DON QUIJOTE.- ¡Cesó el encanto! (Levántase, se desala, tira de la espada y acomete a los dos, cerrándoles la salida.) Ahora lo veredes, dijo Agrages.

CRIADOS.- ¡Hola! ¡Favor! ¡favor!

Escena VII

Dichos, EL LICENCIADO, EL BARBERO y EL VENTERO.

LICENCIADO.- ¡Qué es esto...! ¡Señor Don Quijote!

BARBERO.- ¡Sosegaos!

VENTERO.- Teneos por Dios... no alborotéis la venta.

DON QUIJOTE.- Dejádme, dejádme cortarles la cabeza.

(Quieren detenerle, pero él sigue acuchillándolos y se meten dentro.)

Escena VIII

SANCHO con la albarda: los dos CUADRILLEROS.

SANCHO.- Esta venta es la imagen del mismísimo infierno: no me dejan un momento de reposo.

(Pone la albarda en el suelo y se sienta encima.)

CUADRILLERO 1.º.- Dígame, hermano, ¿qué alboroto es este?

SANCHO.- ¡Qué ha de ser, señor! Sino que aquí deben de citarse sin duda los duendes, fantasmas, gigantes y encantadores que lleva siempre tras sí la mala estrella de mi amo.

CUADRILLERO 2.º.- ¿Y es vuestro amo la causa? Porque sea quien fuere, por promotor de escándalos, daremos con él en una cárcel.

SANCHO.- Trabajo os mando en la empresa, porque es un caballero andante, que en empuñando la espada...

CUADRILLERO 1.º.- Para la justicia no hay espadas, hermano. Sepa que nosotros somos Cuadrilleros de la Santa Hermandad.

SANCHO.- Eso es diferente; perdonen si he podido ofender... (Aparte.) Éste es otro tropiezo. ¡No cabíamos en casa y parió abuela!

Escena IX

Dichos y el BARBERO 2.º

BARBERO 2.º.- (Que sale cantando.)

No hay penas en el mundo
como las mías...

(Repara en SANCHO y le arremete.) ¡Ah, Don Ladrón, que aquí os tengo! Venga mi bacía y mi albarda con todos mis aparejos que me roblaste...

SANCHO.- ¡Cómo! ¡Insolente!

(Con una mano agarra la albarda, y con la otra le da una puñada.)

BARBERO 2.º.- Aquí del Rey, y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda, me quiere matar este ladrón, salteador de caminos.

CUADRILLERO 1.º.- Alto: separarse. (Queriendo apartarlos.)

SANCHO.- ¡Mentís! que yo no soy salteador de caminos...

CUADRILLERO 2.º.- Ténganse a la justicia...

Escena X

Dichos. DON QUIJOTE, EL LICENCIADO, EL BARBERO 1.º y CARDENIO.

(Los CUADRILLEROS tienen agarrados a los dos que forcejean por quitarse la albarda.)

CARDENIO.- Yo os doy gracias, señor Don Quijote, por el favor que habéis dado a mi esposa.

DON QUIJOTE.- Ya queda en salvo, y el gigante y su escudero huyeron no sé por donde.

BARBERO 2.º.- Señores, así esta albarda es mía, como la muerte que debo a Dios; y así la conozco como si la hubiera parido; y ahí está mi asno que no me dejará mentir; y hay más: que con ella me quitó también una bacía de azófar nueva, que no se había estrenado.

DON QUIJOTE.- Vean vuestras mercedes (Poniéndose entre los dos y arrojando al suelo la albarda.) el error en que está este buen escudero; pues llama bacía a este, que fue, es, y será, el yelmo de Mambrino, (Quitándose y enseñándolo a todos.) y albarda a ese jaez de caballo; todo lo cual le quité yo en buena guerra.

CUADRILLERO 1.º.- Vive Dios que este hombre debe de estar falto de juicio.

(Aparte al CUADRILLERO 2.º)

CUADRILLERO 2.º.- Extraña figura y más extraño traje.

LICENCIADO. (Aparte.) No hay que contradecirle, que sería irritarlo y todo se echaría a rodar.

BARBERO 1.º.- (Aparte.) Decís bien; sigámosle el humor.

LICENCIADO.- Así es verdad, como lo dice el señor Don Quijote.

CARDENIO.- No hay duda en ello.

BARBERO 1.º.- Es yelmo y es jaez.

SANCHO.- A ti te lo digo, mi suegra...

BARBERO 1.º.- Buen hombre, los pareceres están acordes: la bacía es yelmo, y la albarda jaez de caballo, y aún de caballo castizo; y así habréis de tener paciencia de vuestra parte.

BARBERO 2.º.- No la tenga yo en el cielo si todas vuestras mercedes no están borrachos, o locos, o...

CUADRILLERO 1.º.- Esto ya pasa de raya: tan albarda es como mi padre y el que otra cosa ha dicho o dijere, debe de estar hecho una uva.

DON QUIJOTE.- Mentís como bellaco villano.

(Va a acometerle.)

Escena XI

Dichos, MARITORNES, apresurada y llorosa.

MARITORNES.- Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dio, a mi pobre amo, que dos malos hombres le están moliendo los huesos.

DON QUIJOTE.- Fermosa doncella, no ha lugar por ahora a vuestra petición, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura, en tanto que no diere cima a una en que mi palabra me ha puesto.

MARITORNES.- ¡Eso es! Por niñerías armáis un escándalo, y ahora que se trata de dos pícaros, que a favor de la bulla querían marcharse de la venta sin pagar, no queréis ayudarnos.

DON QUIJOTE.- Corred y decid a vuestro amo que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en manera alguna, en tanto que yo pido licencia a la Princesa Micomicona.

MARITORNES.- ¡Pecadora de mí!

CARDENIO.- Yo como esposo suyo os la concedo.

DON QUIJOTE.- Pues tiemblen, que allá voy. Sancho, sígueme, que si no son caballeros, a ti te toca esta demanda. (Vase.)

SANCHO.- Antes he de poner en salvo mi hacienda. (Llévase la albarda.)

Escena XII

EL LICENCIADO, CARDENIO, BARBERO 1.º, BARBERO 2.º, y los CUADRILLEROS.

LICENCIADO.- Aprovechemos estos momentos. Vos, señor Barbero, retiraos, que yo os pagaré la bacía y la albarda.

(Vase el BARBERO 2.º)

Vuestras mercedes, señores cuadrilleros, no hagan caso de lo que diga ese buen hidalgo, pues ya deben haber conocido que está falto de juicio; y nosotros demos traza para que la hermosa Dorotea vuelva a la casa de su padre.

BARBERO 1.º.- Muy bien me parece: Señora, señora, salid.

(Llamándola adentro.)

Escena XIII

Dichos, DOROTEA, y sus dos CRIADOS.

CRIADO 1.º.- ¿Está ahí el loco?

BARBERO.- Salid sin temor, que no esta aquí ahora.

LICENCIADO.- Señora, puesto que vos misma cedisteis antes a mis persuaciones y os convencisteis de que vuestra situación exigía que volviéseis a casa de vuestro padre, aprovechad esta ocasión.

DOROTEA.- ¿Y cómo he de presentarme a los ojos de mi padre y del mundo? ¿Qué disculpa he de darle de mi loca fuga?

LICENCIADO.- La verdad.

DOROTEA.- ¡La verdad!

LICENCIADO.- ¿Si no se la descubris a un padre, a quién se la habéis de descubrir?

DOROTEA.- Jamás: la vergüenza sellará mis labios: - Sólo hay un medio.

LICENCIADO.- ¿Cuál es?

DOROTEA.- Que vengáis vos conmigo: vos me habéis amparado hasta aquí; acabad la obra; vuestra presencia me alentará, y con vuestro amparo alcanzaré mi perdón y la licencia de retirarme a un claustro.

LICENCIADO.- No vacilo. - Amigos, yo voy a acompañarla; cuidad de nuestro hidalgo y entretenedle aquí: salgamos por la puerta falsa del corral.

CARDENIO.- Dorotea, adiós... ¡Ambos somos víctimas de un traidor!

DOROTEA.- ¡Ah! ¡Qué diferencia! ¡A vos os aguarda la compasión! ¡a mí la vergüenza!

Escena XIV

CARDENIO, el BARBERO, los CUADRILLEROS, después DON QUIJOTE, el VENTERO, MARITORNES y SANCHO.

CUADRILLERO 1.º.- (Aparte al 2.º) ¿Habéis notado, compañero, qué lances tan extraños?

CUADRILLERO 2.º.- Sí, pero estoy cavilando en una cosa. ¿Os acordáis de un mandamiento de prisión que traemos contra uno que hirió a un Comisario, y dio suelta a unos galeotes?

CUADRILLERO 1.º.- Sí que me acuerdo, y aún adivino por qué lo decís.

CUADRILLERO 2.º.- Porque se me ha puesto en el magín que debió de ser este loco; que solamente sin juicio...

CUADRILLERO 1.º.- Bien pudiera ser.

CUADRILLERO 2.º.- Dejad, que yo comprobaré las señas. (Saca un pergamino.)

DON QUIJOTE.- Al fin, sin hacer uso de las armas, mi continente los impuso, y mi elocuencia los convenció.

CUADRILLERO 2.º.- Dígame, señor caballero, (Leyendo y mirando a DON QUIJOTE.) ¿fue por ventura vuestra merced quien días pasados, hallando en ese camino una cadena de malhechores que iban a galeras, intentó darles libertad, y lo hizo, hiriendo al Comisario que los custodiaba?

SANCHO.- (Aparte.) Ésta ya me la tenía yo tragada.

DON QUIJOTE.- Yo fui; que mi oficio es ese; libertar a los oprimidos, y socorrer y ayudar a los menesterosos.

CUADRILLERO 1.º.- Sí, las señas son las mismas. Pues en virtud de este mandamiento de la Santa Hermandad, daos a prisión.

DON QUIJOTE.- Y decid, hermano, ¿quién sois vos?

CUADRILLERO 2.º.- Nosotros somos cuadrilleros de la Santa Hermandad, y como tales, encargados de prender a vuestra merced por salteador de sendas y de carreteras.

SANCHO. (Aparte.) Aquí va a ser ella.

DON QUIJOTE.- Venid acá, gente soez y mal nacida. ¿Saltar de caminos llamáis al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, socorrer a los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¿Y quién fue el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Gente infame, qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la Reina, moneda forera, portazgo, ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué rey no le sentó a su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó? Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros: salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad...

CUADRILLERO 2.º.- ¡Qué escucho! (Los cuadrilleros agarran a DON QUIJOTE.) Favor a la Santa Hermandad para prender a un salteador de caminos...

VENTERO.- Compañeros, aquí estoy yo con vosotros.

SANCHO.- Pies, para qué os quiero. (Vase.)

(Los cuadrilleros tienen a DON QUIJOTE: el VENTERO le agarra también. SANCHO huye, CARDENIO y el BARBERO ayudan a DON QUIJOTE, el que desembarazado tira de la espada.)

DON QUIJOTE.- Canalla, ahora veréis quién soy yo.

(Los CUADRILLEROS tiran de las suyas y riñen.)

CARDENIO.- Yo estoy a vuestro lado.

(Embiste a un cuadrillero y lo derriba en tierra, teniéndolo sujeto. DON QUIJOTE cierra con los otros y los mete adentro. El BARBERO lo sigue, procurando contenerlo, y MARITORNES hace lo mismo con el VENTERO.)

BARBERO.- Señor Don Quijote... sosegaos.

MARITORNES.- ¡Amo mío! ¡por Dios!

Escena XV

DON FERNANDO y CARDENIO que tiene en tierra al CUADRILLERO.

DON FERNANDO.- ¡Qué es esto! ¡que parece que se hunde el cielo!.. ¡Pero qué veo!.. ¡Cardenio! traidor, defiéndete. (Sacando la espada.)

CARDENIO.- (Pónese en pie con la espada del CUADRILLERO y éste huye.) ¡Qué miro! ¡Don Fernando!

DON FERNANDO.- El mismo soy, y a vuestra presencia siento encenderse mi cólera. ¡Hombre fatal, que siempre os he de hallar atajándome el camino de la felicidad! Por vos me lancé al engaño y al crimen; y cuando una feliz casualidad disipa la niebla, que envolvía mis sentidos y quiero entrar de nuevo en la senda del honor, ahí os encuentro como un fantasma que me la cierra para siempre.

CARDENIO.- ¡Qué habláis! ¡Traidor amigo, tirano de mi vida! Después de venderme, de engañarme con tan alta vileza, ¿aún venís a insultar a vuestra víctima?

DON FERNANDO.- No hablemos de eso. Vos me habéis robado el corazón de una mujer a quien amaba, y que debía hacer la felicidad de mi vida...

CARDENIO.- ¡Ah! ¡Su corazón siempre fue mío! ¿Y vos deseáis poseerlo? Pues aquí le tenéis... ¡venid, salgamos, arrancádmelo con la vida!

DON FERNANDO.- ¿Siempre fue vuestro, decís? ¡Miserable! ¡Cómo os engañáis!

CARDENIO.- ¡Cielos! ¿Qué estáis diciendo? ¿La pérfida me engañaba acaso?

DON FERNANDO.- Sí: os ha engañado- ¡Cardenio! antes que el filo de mi espada acabe con vuestra vida y con mis celos, quiero amargar vuestros últimos instantes. Sabed que esa traidora me pertenecía, antes que os conociese, por los lazos del amor...

CARDENIO.- ¡Horrenda maldad!

DON FERNANDO.- Sabed, en fin, que ya era mía.

CARDENIO.- ¡Matadme, Señor! (Cayendo a sus pies.) ¡Por compasión, matadme!

DON FERNANDO.- Salgamos.

CARDENIO.- ¡No; matadme!... ¡Una ilusión de amor sólo me quedaba!... ¡revelación infernal! ¡tú me la robas!

Escena XVI

Dichos, LUCINDA apresurada.

LUCINDA.- ¡Oh Dios! ¡Cardenio!

CARDENIO.- ¡Qué veo! ¡Huye, escóndete a mis ojos, milagro del infierno!

LUCINDA.- ¡Don Fernando, esposo!...

DON FERNANDO.- Aparta, mujer... yo no soy tu esposo... nunca lo seré.

CARDENIO.- ¡Cielos! ¡Qué decís! ¿No sois su esposo?

DON FERNANDO.- Traidor, ¿dónde está Dorotea? Dímelo: a sus plantas quiero atravesarte el corazón, a ti que me la has robado.

CARDENIO.- ¡Qué confusión es esta! ¡Qué rayo de luz!..

DON FERNANDO.- ¡Sígueme, esposo feliz!

CARDENIO.- ¿Qué estáis diciendo? Don Fernando: yo no soy esposo de Dorotea.

DON FERNANDO y LUCINDA.- ¡Cielos! ¿No eres su esposo?

CARDENIO.- Aquí me encontré a la infeliz que venía a pedir su honor.

DON FERNANDO.- ¡Justicia eterna! ¿Y dónde está?

CARDENIO.- En este instante se la llevan a casa de sus padres.

DON FERNANDO.- ¡Oh Dios! volemos a cumplir con el amor y el honor. ¡Lucinda! Ahí tienes a tu esposo.

(La echa en brazos de CARDENIO y parte precipitado.)

CARDENIO y LUCINDA.- ¡Gran Dios!

Escena XVII

CARDENIO, LUCINDA, después SANCHO.

CARDENIO.- ¿Quién podrá ya separarnos?

LUCINDA.- ¡Dios mío! ¡Es un sueño!

CARDENIO.- ¡Y yo te creía unida ya a Don Fernando!

LUCINDA.- ¡Y yo a ti esposo de Dorotea!

SANCHO. (Apresurado.) ¡Ay! ¡Señores míos!

CARDENIO.- ¿Qué es esto, Sancho? ¿Qué ha sucedido?

SANCHO.- ¡Qué ha de suceder! ¡Que por poco se mata!

LUCINDA y CARDENIO.- ¿Quién?

SANCHO.- ¡Mi amo!

CARDENIO y LUCINDA.- ¡Cómo! hablad.

SANCHO.- Así que se hubo sosegado, y logramos encerrarle en su cuarto, se tendió cuan largo es sobre una cama que allí había; yo me puse a los pies, y le estaba contemplando, cuando a poco rato veo que clava los ojos en la ventana que da al campo, y empieza a incorporarse poquito a poquito: ya iba yo a preguntarle si alguna cosa se le ofrecía, cuando de repente salta de la cama, corre a la ventana, la abre y se tira por ella...

CARDENIO.- ¿Se ha muerto?

SANCHO.- No señor: la ventana era baja, cayó de pies y echó a correr por ese campo gritando: *Tente, cobarde gigante, no te lleves a la Princesa...* Y era así; que a cierta distancia vi a la Princesa Micomicona y tres hombres que la guardaban: (A CARDENIO.) ¡Señor, que se llevan a vuestra esposa!

CARDENIO.- ¡Corramos a detenerlos! (Se oye dentro estrépito.)

DON QUIJOTE.- (Dentro). Gigante usurpador, esta vez has de morir a mis manos.

CRIADOS.- ¡Favor! ¡Favor!

Escena XVIII

Dichos. DON QUIJOTE, DON FERNANDO, DOROTEA, sus dos CRIADOS y el LICENCIADO.

DON QUIJOTE.- (Acuchillándolos.) No hay favor que valga, fementida canalla. (A DON FERNANDO.) Caballero, cuidado de la Princesa.

LICENCIADO.- Señor Don Quijote, conteneos. (Entrase tras DON QUIJOTE que va persiguiendo a los dos CRIADOS.)

DON FERNANDO.- ¡Dorotea! ¿Es cierto que me perdonas?

DOROTEA.- Sostenme, Don Fernando: esta inesperada felicidad agota mis fuerzas.

DON FERNANDO.- Descansa en estos brazos que se anudan a ti para siempre. Cardenio, Lucinda, ¿me perdonáis?

LUCINDA.- ¿Quién no perdona cuando es feliz?

CARDENIO.- Mis brazos os respondan. (Se abrazan.)

SANCHO.- (Aparte.) ¿Qué es esto? ¡Pecador de mí! ¡La Princesa ya no es Princesa y se llama Dorotea! ¡Ay amo mío!... ¡Ay gobierno de mis entrañas! (Vase con sigilo.)

Escena XIX

Dichos, EL LICENCIADO.

LICENCIADO.- Ya veis, señores, cómo el cielo tenía decretada vuestra felicidad por medios tan extraños: bendicidle, y nunca desconfiéis de la Providencia divina.

CARDENIO.- A vos os lo debemos, señor Licenciado.

LICENCIADO.- No hablemos de eso, y acudamos a lo que importa. Es fuerza que me ayudéis en una traza que he pensado para llevar a nuestro hidalgo a su aldea.

CARDENIO.- Mandad lo que gustéis.

LICENCIADO.- Me parece que él viene aquí: seguidme, seguidme todos. Vosotros (A CARDENIO y DOROTEA.) quedaos, y haced aún el papel de Príncipes. (Vanse todos menos DOROTEA y CARDENIO.)

Escena XX

CARDENIO, DOROTEA, DON QUIJOTE y SANCHO.

(Trae la bacía en la cabeza, lanza y rodela en el brazo.)

DON QUIJOTE.- Estoy informado, hermosa señora, de éste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho; porque de reina y gran señora que solía vos ser, os habéis vuelto en una particular doncella. En fin, alta y desheredada señora, si habéis hecho este metamorfóseos por dudar el que yo pueda cumplir mi promesa, la habéis errado, porque basto yo a poneros en breves días la corona en la cabeza.

DOROTEA.- Quien quiera que os dijo, valeroso caballero de la triste figura, que yo había trocado mi ser, no os dijo lo cierto; porque soy la misma que ayer fui, y tengo los mismos pensamientos de valerme de vuestro invencible brazo.

SANCHO.- (Aparte.) Sobre mí viene el nublado.

DON QUIJOTE.- Ahora te digo yo Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España. Dime, ladrón vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta Princesa se había vuelto en una doncella, que se llamaba Dorotea? ¡Voto a...!

SANCHO.- Digo y confieso que me engañé.

CARDENIO.- Perdonadle, señor Don Quijote.

DON QUIJOTE.- Eres un mentecato, y basta. - Es común proverbio que la diligencia es madre de la buena ventura: esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho; y podemos darle tiempo al gigante de que se fortifique y prepare. Partamos, pues, que solo tiene de vida, lo que yo tarde...

Escena última

Dichos; el LICENCIADO, el BARBERO, DON FERNANDO, LUCINDA, los dos CUADRILLEROS, los dos CRIADOS y acompañamiento.

(Todos salen disfrazados con antifaces negros, y otras invenciones. El BARBERO tendrá un disfraz extravagante, como de mágico, y un cuerno en la mano. Otros sacarán en hombros una gran jaula hecha de barras de madera. Llegan por detrás a DON QUIJOTE, que está de rodillas, y le agarran sin dejarle mover. Ponen la jaula en el suelo, donde uno de ellos le indica con el dedo que debe entrar. CARDENIO y DOROTEA desaparecen. El BARBERO toca el cuerno y luego dice disfrazando la voz.)

BARBERO.- ¡Oh caballero de la triste figura! No te dé afincamiento la prisión en que vas a entrar; porque así conviene para esta aventura; la cual acabará cuando el furibundo León manchego, con la blanca Paloma tobosina yacieren en uno; ya después de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimonesco: de cuyo inaudito consorcio saldrán a la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre.

DON QUIJOTE.- (Con entusiasmo.) ¡Eso sí, viven los cielos, sabio encantador que me proteges! ¡Haz que no me dejen perecer en esta prisión donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres e incomparables promesas! - Ayúdame; ¡oh sabio Lirgandeo! a acometer tan altas hazañas que llenen los ámbitos del mundo con la gloria de mi nombre, y se transmitan a los siglos más remotos en lienzos, en mármoles y en bronces. ¡Y más aún! Españoles, salud al genio peregrino que ha de producir nuestro suelo. ¡Éste es el

que con la alta inspiración de los cielos escribirá la historia de mis grandes hechos, para eterno orgullo de la nación española y envidia de las extrañas!

(Rompe una música triunfal: entra DON QUIJOTE en la jaula; álzala en hombros y se disponen a salir en procesión: detrás de la jaula va SANCHO llevando del diestro a rocinante y al rucio. Al romper la música, un brillante resplandor ilumina el teatro: un grupo de nubes de púrpura y oro ocupa el aire; las cuales, en tanto que la comitiva pasea la escena, se desgajan y separan, dejando ver la estatua de MIGUEL DE CERVANTES. En las varias nubes que la rodean se leerá con caracteres de luz: DON QUIJOTE. - LEPANTO. - GALATEA. - ARGEL. - PERSILES.)

CAE EL TELÓN